



SEMANA SANTA 2005

PREGÓN

Josefa Luzardo Romano
Alcaldesa

Las Palmas de Gran Canaria

SEMANA SANTA 2005

PREGÓN

Josefa Luzardo Romano
Alcaldesa

Las Palmas de Gran Canaria

S. I. B. Catedral de Canarias
18 de marzo de 2005



**Ayuntamiento
de Las Palmas
de Gran Canaria**



**UNIÓN DE HERMANDADES,
COFRADÍAS Y PATRONAZGOS
DE GRAN CANARIA**

Reverendísima autoridad religiosa. Miembros de la Junta de Gobierno de la Unión de Hermandades, Cofradías y Patronazgos de Gran Canaria. Hermanos Mayores y Patronos. Cofrades de Las Palmas de Gran Canaria. Señoras y señores.

Al comenzar el Pregón de la Semana Santa de 2005 en Las Palmas de Gran Canaria, en el marco extraordinario de este Templo – Basílica de la Catedral de Canarias, el primer y más grande monumento del Patrimonio Histórico – Arquitectónico de este Archipiélago, junto con mi profundo agradecimiento por el alto honor que se me ha hecho nombrándome Pregonera, florecen multitud de sentimientos, a la vez que son muchas las voces y los recuerdos que me vienen a la memoria.

Entre todas ellas resuena una en especial, la que nos habla cada primavera de José Luján Pérez como una de las figuras más señeras y trascendentales en la historia y el devenir del tiempo isleño de la Semana Santa.

Domingo Doreste Fray Lesco, en una de sus crónicas publicadas en 1939, nos recordaba como nuestros antepasados consideraban al insigne escultor guinense como *el primer predicador*

de la Semana Santa canaria. Hoy nosotros no sólo no podemos olvidarlo, pues su producción de imaginería religiosa mantiene un papel de enorme y espléndido protagonismo en la inmensa mayoría de las procesiones de la Semana Santa isleña, sino que debemos rendir un permanente tributo – según recuerda la placa colocada en la propia fachada de esta Catedral –, a su arte escultórico, que marcó un hito en la historia del arte insular y que hoy constituye uno de los pilares más sólidos de nuestro Patrimonio Histórico – Artístico.

Pero esta noche, ya cerca de una nueva Semana Santa y en el marco de esta Catedral, debemos recordar a Luján, al *Señor Pérez*, como también le conocían sus coetáneos, con una talla singular, única, de serena y profunda belleza, que siempre atrae el interés y la admiración de quién les habla.

Me refiero a la imagen de la Virgen de los Dolores de esta Catedral, esa magnífica talla que Luján Pérez esculpió hace exactamente doscientos años, en 1805, lo que supone que celebremos en el presente una auténtica efeméride, una fecha realmente simbólica y significativa para el arte isleño, para la historia de la religión en Canarias y para la propia producción imaginera de Luján.

La Dolorosa de la Catedral, encargada por el Deán Toledo para su casa de la Plazoleta del Espíritu Santo, que luego paso a esta Catedral y que procesiona por las calles de Vegueta desde 1928, es una de las efigies que más resaltan el trabajo de Luján, que se destacaba sobremanera en su capacidad de acabado, en

la belleza clásica, plena de espiritualidad, que les imprimía, o en la delicada manera en que remataba el plegado de los paños en estas imágenes de talla completa, como es el caso de esta Dolorosa en la que, doscientos años después de su finalización, encontramos en ella todo el genio y la creatividad con la que su autor estaba dotado.

Creo que, por si solo y de forma sobrada, el doscientos aniversario de esta imagen de La Dolorosa de la Catedral ya marca un carácter singular y trascendente a esta Semana Santa de 2005 que esta noche tengo el honor de pregonar.

Si cada Viernes Santo, día grande por excelencia de Vegueta, es una marea blanca de mantillas la que acompaña a la Dolorosa, y a su hijo el Cristo de la Sala Capitular, en su procesionar por este barrio, mientras la música de la Banda Municipal queda solemne y grave en el atrio catedralicio, yo me atrevería a decir que cada mañana de Viernes Santo Las Palmas de Gran Canaria es toda ella una enorme mantilla; es como si su bandera blanca fuera esa mantilla con la que se toca esta población en uno de sus días más grandes del año.

Y es que si la Semana Santa de Las Palmas de Gran Canaria ha tenido a través de los siglos, y tiene en la actualidad, un símbolo popular evidente, ese es el de la blanca "mantilla canaria".

No es de extrañar que el inolvidable poeta Luis Doreste Silva, que además fuera Cronista Oficial de esta ciudad, extasiado

ante estas mantillas blancas no dudara en exclamar:

“¡ Mantilla canaria, paño entrañable, cuya forma está ungiendo la ternura única que ha de vivir bajo sus pliegues finos! De la cabeza a la espalda, haciéndose como flor inmensa que quisiera dibujar simbólicamente un corazón.”.

Esta pregonera que les habla no puede dejar de reconocer que las vivencias y recuerdos de la Semana Santa, especialmente de esta que hemos vivido desde nuestra infancia en Vegueta y Triana, se configuran en modo subjetivo, pues se trata de experiencias enormemente personales; sin embargo, es una subjetividad compartida, transmitida de padres a hijos, de familia en familia, de vecino a vecino, a través de muchas generaciones, que llega a convertirse en una auténtica realidad sentida de forma común por una inmensa mayoría, de la que brota y en la que reside el verdadero carácter de nuestra Semana Santa isleña.

Es en esto en lo que residen las impresiones de Ignacio Quintana Marrero sobre estas celebraciones, en su Pregón de la Semana Santa de 1948, uno de los primeros que se pronunciaron en esta ciudad, al señalar textualmente, casi en un canto:

“Semana Santa que acoge y sobrecoge a la ciudad de punta a punta, enseñoreándose y proclamándose dueña del ambiente. Que esa es la principal nota de la Semana Santa de Las Palmas. Un ambiente que no sólo perfuma el contorno y hace que hasta el olor de las rosas y los claveles exhalen el penetrante aroma

de la liturgia, sino que se hace aire vital metiéndose en los pulmones de las gentes que ya son, viven y se mueven en Semana Santa”.



La Alcaldesa de Las Palmas de Gran Canaria, Josefa Luzardo Romano, en la Procesión del Cristo de la Vera Cruz, el Viernes Santo de 2004.

Ante todo ello, puedo y debo pregonar, en el aire de estas bóvedas catedralicias, que hoy, como ayer, como siempre en la historia de estos antiguos barrios, de toda nuestra ciudad, que cada año con la primavera llega a nuestras calles, a sus plazas, a sus hogares, parroquias y ermitas, un acontecimiento que parece detener el tiempo y marcarla sensiblemente: llega nuestra Semana Santa.

Se trata de ese tiempo del año que se nos descubre siempre como novedad; tiempo de los hombres de trono o de los costaleros; de penitentes o nazarenos; de cofradías, hermandades o patronazgos; de tronos o pasos; de un sentimiento hecho pasión, de una fe que florece cada primavera por las calles de los viejos barrios, a la sombra de espadañas y campanarios.

Así, me gustaría resaltar una idea, y es que si Dios puso el Misterio, los viejos barrios pusieron la escena, y entre ambos elementos, misterio y urbanismo, surgió una expresión propia en la manera de comprender y rememorar la Pasión de Cristo; una expresión asentada en las inquietudes, los sentimientos y los sueños de generación tras generación, a través de los cinco largos siglos de la historia de Las Palmas de Gran Canaria.

Por ello, hoy como ayer, puedo afirmar, como ya muchos otros proclamaron antes, que nuestra vieja Semana Santa, con todas y cada una de las innovaciones que lentamente se introducen a través de los tiempos, está firmemente enraizada, afincada, en la ciudad, en su ambiente, en su carácter, en su más personal forma de ser y de sentir.

Además, tengamos en cuenta que si esta Semana Santa antigua, de enorme solera, se encuentra firmemente arraigada en las cuatro parroquias de los barrios históricos, Santo Domingo, San Agustín, San Francisco y San Bernardo, las cuatro iglesias cardinales de la religiosidad de Las Palmas de Gran Canaria a través de su historia, las cuatro firmes columnas de nuestra Semana Santa, tampoco podemos olvidar que también lo está en otros templos como esta Catedral o la minúscula Ermita del Espíritu Santo, o en el recorrido singular de las procesiones, y en el trajín del paseo de los vecinos para cumplimentar cada Jueves Santo los monumentos y asistir a los oficios, o para visitar casas de familiares y amigos desde las que poder contemplar el paso de las procesiones y disfrutar de la singular gastronomía y repostería isleña, antaño elaborada en especial para este tiempo que era de ayunos y abstinencias.

A ello se refiere con elegante desenvoltura nuestro actual Cronista Oficial, D. Luis García de Vegueta, cuando, en una de sus crónicas de *Nuestra Ciudad*, señala:

"... nuestros abuelos dulcificaban la cuaresma con jícaras de chocolate y ciruelas en almibar. Cuando llegaba la Semana Santa las damas y caballeros asistían a las procesiones con sus mejores galas, como un prelude de los *corrillos de amena tertulia* en plazas y paseos, hasta la ceremonia final del Sábado de Gloria en el recinto de la catedral con un diluvio de aleluyas que caían desde el cimborrio para regocijo de la multitud al recogerlas".

Por todo ello, creo que nuestra Semana Santa es una honda

y hermosa expresión de fe, de religiosidad popular, pero también un conjunto de tradiciones, de costumbres, que si cambian es para poder permanecer inalterables a través de los siglos.

Igualmente, la Semana Santa son también multitud de anécdotas, de instantes y personajes. Escenas tan expresivas de estas vivencias nuestras como la que Prudencio Morales y Martínez de Escobar, que también fue Cronista Oficial de la Ciudad y primer director del periódico *La Provincia*, relata en un artículo publicado en la revista *Canarias Turista* en 1910:

“Va saliendo el guión, rojo oscuro. Aparece un sacerdote, con blanco roquete, de ojos inquietos, de movilidad nerviosa, mira a todas partes, se fija en el cielo. Algunas nubes de intenso cenizo le producen un sobresalto, pero le tranquiliza la calma grata de la tarde y le sosiega el reposo de la palmera de la esquina. D. Pedro Díaz está en su centro, saldrá la procesión del Paso”.

Pero la Semana Santa es, ante todo ello, un capítulo ineludible de nuestra historia urbana y ciudadana, una historia gestada y desarrollada a través de sus 526 años de existencia; 527 con la que nos disponemos a celebrar.

Nadie olvide, como ya ha resaltado José Miguel Alzola, Hijo Predilecto de esta población, en su afamada obra *La Semana Santa de Las Palmas*, que se puede afirmar *que la Semana Santa de Las Palmas se inició en la misma infancia de nuestra ciudad, pues a poco de terminada la conquista de la isla comenza-*

ron las fundaciones conventuales de franciscanos y dominicos y fueron los frailes de ambas órdenes, especialmente los franciscanos, los que más fomentaron el culto a la pasión de Cristo.

Sin embargo, tras una etapa inicial de casi tres siglos, donde se ensayaron formas, se repitieron esquemas de otras latitudes e incluso se exportaron costumbres y usos a las tierras de América, pues éramos paso obligado para ello, será en las últimas décadas del siglo XVIII y primeras del XIX cuando nuestra Semana Santa cobrará tinte y carácter propio, en especial, como ya se ha señalado antes, con la presencia de una figura tan señera como la de José Luján Pérez.

En esta época encontramos, si se evoca el primer día de nuestra semana mayor del año, fechas tan señaladas como la del Domingo de Ramos de 1802, cuando al anochecer salía del templo dominico por primera vez la imagen del "*Señor Predicador*", talla pedida al *Señor Pérez* por la *Hermandad del Santo Rosario* y que era entonces conocida popularmente con el nombre de *El Señor convirtiendo a la Magdalena*.

También hoy, como ayer, la mañana del Domingo de Ramos nos encontramos en las calles de Triana a *La Burrita* entre el bullicio de la chiquillería.

Bulla y sonrisas hasta que, al atardecer, bajo los laureles de Santo Domingo, nos hayamos con *Nuestro Padre Jesús de la Salud*, un Cautivo de expresión intensa, grave, obra reciente del gran escultor José Paz Vélez, pero que ya ha cobrado aires de tradición.

Se trata de la anual Estación de Penitencia a este templo catedralicio de la *Real e Ilustre Hermandad y Cofradía de Nazarenos de Nuestro Padre Jesús de la Salud y María Santísima de la Esperanza*, la ya popular *Esperanza de Vegueta*, paso a paso en la noche serena de este viejo barrio.

Del Lunes Santo aún recordamos la antigua procesión de *Nuestro Señor de la Agonía o del Huerto*, cuyos tronos en la actualidad salen en la *Procesión Magna Interparroquial* de la tarde del viernes. Las calles trianeras conocieron esta talla la madrugada del Lunes Santo de 1801, convirtiéndose enseguida en la que fue, durante casi dos siglos, una de las más populares y esperadas procesiones.

Tres años después, en 1804, en horas de la tarde de ese segundo día de nuestra semana mayor, se exhibió y se dio a conocer la procesión que presidía el *Señor de la Humildad y Paciencia*, cuya antigua talla – quizá la única que nos queda de las Semanas Santas del siglo XVI – restauró Luján con enorme maestría, tanta que casi no se nota, al tiempo que realizó para este cortejo procesional las imágenes de San Juan Evangelista y de San Pedro.

Martes Santo. De nuevo Santo Domingo abría sus puertas para la salida procesional del *Señor atado a la Columna*, aunque en los últimos años lo haya hecho para la *Procesión del Encuentro*, retomada con enorme esplendor no hace muchos años y que, a partir del presente, volverá a su día tradicional, el miércoles.

Pero el martes fue siempre la tarde del *Cristo del granizo*, como durante décadas se le conoció entre los vecinos, por la enorme granizada caída en una ocasión, nada más entrar la procesión en su templo, según cuenta el cronista Isidoro Romero Ceballos en su diario dieciochesco.



El Cristo de la Vera Cruz, Patrono de la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria, acompañado por la Corporación Municipal y Policía Local de uniforme de Gran Gala en su procesionar por Vegueta.

Miércoles Santo. Paso a paso, siglo tras siglo, la *Procesión del Paso o del Encuentro* nos lleva por las calles de Vegueta, y nos trae hasta esta Plaza Mayor de la ciudad, a la Plaza de

Santa Ana, a la vista de la Catedral y del Ayuntamiento, ante los ojos entusiasmados de miles de ciudadanos que seguían esta teatralización del encuentro de Jesús con las Santas Mujeres; un paso en el que la acción se convertía, sin necesidad de palabra alguna, en una eficaz expresión de la oratoria sagrada.

Ahora se realza esta tradicional procesión con la presencia de la *Hermandad y Cofradía del Santo Encuentro de Cristo, nuestro Señor con la Cruz a Cuesta y María Santísima de los Dolores de Vegueta*, que con sus túnicas negras de cola con capirote, ceñida con esparto, nos retrotrae a los años más señeros de la historia de la Semana Santa vegueteña.

Otra Hermandad que, desde hace algunos años, está en las calles trianeras esa tarde – noche del miércoles es la *Hermandad Sacramental y Cofradía de Nuestra Señora de los Dolores de Triana, Virgen de las Angustias y San Telmo*. Conocida ya popularmente esta procesión como la de los *Dolores de Triana*, con sede canónica en la Parroquia de San Bernardo, antigua ermita de la *Cofradía de los Mareantes*, a nadie se le oculta hoy que su presencia cada año es esperada con interés por cientos de vecinos de toda la ciudad.

Jueves Santo. Siempre ha sido una tarde de paseo incesante; una tarde de oficios sagrados, de visita a monumentos, en los que, con un esplendor de siglos, se encierra lo más sagrado del Misterio de la Fe. Vivencia familiar, vecinal; se comparte la calle, a modo de pasillo de un hogar común en el que, ahora más que nunca, quedan convertidos los entrañables barrios de Vegueta y Triana.

Medianoche. Todas las miradas, todos los sentires de la Semana Santa de esta ciudad quedan puestos en una pequeña y recoleta ermita de Vegueta. A las doce en punto de la noche, aunque recuerdo que en sus primeros tiempos procesionaba a las cinco de la madrugada, tras el canto del Miserere, la *Real Cofradía del Santísimo Cristo del Buen Fin*, de la que S.M el Rcy es Cofrade Mayor Honorario Perpetuo, inicia su sobrio y sugestivo Vía Crucis de penitencia por las silenciosas calles de este barrio fundacional.

Estos cofrades del Cristo del Buen Fin, desde 1941, no faltan nunca a esta cita ineludible ya para el carácter y el ambiente propio de nuestra Semana Santa isleña.

La mañana de Viernes Santo nos lleva al encuentro con el Cristo de la Sala Capitular que junto a su Madre, la Virgen de los Dolores, comparten con todos nosotros unos instantes en el atrio de la Catedral, mientras la Banda Municipal pone en el aire, a modo de soberbio colofón, las notas de la Marcha Fúnebre de Chopín. Ahora, hasta las tres de la tarde, sólo queda la palabra grave, el verso compungido, en la oratoria vibrante, pausada, intensa, pero llena de amor, del sacerdote en el tradicional "Sermón de las Siete Palabras".

Con la tarde llega la hora procesional, desde su templo parroquial de San Agustín, del Cristo de la Vera Cruz, Patrono de la Ciudad, al cual acompañamos la Corporación Municipal constituida oficialmente como tal, al igual que los regidores de otros tiempos lo hacían vistiendo opas de seda roja como integrantes de la antigua *Esclavitud de la Vera Cruz*.

A nadie se le escapa la solemnidad de esta procesión, con la que la ciudad entera se une de forma oficial a estas manifestaciones públicas de la Semana Santa en Las Palmas de Gran Canaria.

Sí quisiera destacar aquí la presencia en este cortejo de una bella y entrañable imagen de la Dolorosa, la conocida popularmente como *La Genovesa*, por haber sido traída desde esta ciudad italiana. Se trata de una efigie que alcanzó una enorme devoción desde que fue depositada en el antiguo Convento de San Agustín, y que aún hoy atrae las miradas y el cariño de todos los vecinos de esta ciudad.

Año a año, con el sosiego y la constancia que requieren los cambios en el ámbito de las costumbres y las tradiciones, algunos de los tronos que han venido procesionando esta tarde de Viernes Santo retornan a sus días originales de salida, de forma que pronto quedarán de nuevo solamente las imágenes más propias de esta tarde – noche cumbre del procesionar de la Semana Santa de Las Palmas de Gran Canaria.

Sin embargo, si que debemos reconocer y agradecer el enorme servicio que este largo cortejo magno ha prestado a la ciudad, a su Semana Santa, cuando atravesó años difíciles, manteniendo viva y pujante la llama de estas tradiciones.

Pero sigamos nuestro recorrido en el crepúsculo del Viernes Santo. Es la hora en la que, al caer la tarde, en la penumbra de La Alameda se abren las puertas de la Parroquia de San Francisco. La Cruz Desnuda deja muy claro que todo ha acabado, que Cristo está ya en su Sagrado Sepulcro

Y en las sombras de la antigua Plaza de San Bernardo todos admiramos el Sagrado Sepulcro, una magnífica urna diseñada por el célebre pintor grancanario Manuel Ponce de León y decorada con tallas de los cuatro evangelistas y de cuatro angelotes, portadores de los símbolos de La Pasión, obras de nuestro homenajeado escultor José Luján Pérez.



La Alcaldesa, Insefa Luzardo Romano, presidió la comitiva de la Corporación Municipal en la Procesión del Cristo de la Vera Cruz en la Semana Santa de 2004.

Y detrás, algo más alejada, acompañada como siempre por la Excelentísima Corporación Insular entre maceros, se ve venir a La Soledad bajo el espléndido palio de varaes de plata que, en 1960, realizó el platero Manuel Jiménez Sánchez, por encargo del Cabildo de Gran Canaria.

Pero la Virgen de la Soledad no está sola; junto a ella avanzan sus cofrades de la *Pontificia y Real Archicofradía de Nuestra Señora de la Soledad de la Portería*, con sus trajes, mantillas y guantes negros, con el rosario en las manos y la oración en los labios.

Sábado de Gloria. Domingo de Resurrección. Desde antaño pronto las campanas tocaban a gloria y el bullicio de la chiquillería se despertaba por todos los rincones. Incluso, cuando había tranvía en Triana era normal escuchar el estruendo de los triquitraques colocados en las vías que estallaban a su paso. Después se unirían al ambiente generalizado de regocijo las bocinas de los barcos y el claxon de los primeros automóviles, que ya volvían a circular por calles que esos días habían estado cerradas al tráfico. En las parroquias, tras la misa, había enorme animación y algunas celebraciones que hacían del barrio una familia grande y solidaria.

Antes de terminar me gustaría resaltar que si el pregón es una llamada a la participación, es anunciar algo que a todos nos conviene conocer, también, sobre todo, hoy debe ser una oportunidad para establecer y resaltar las líneas del acontecimiento que estamos a punto de celebrar, de compartir, de vivir como nuevo en la esencia de todas las generaciones que nos lo legaron y que esperaban que nosotros hiciéramos lo mismo con las que nos sucederán. Por ello el pregón no sólo es imprescindible en las celebraciones de la Semana Santa, sino que es consustancial con ellas.

Y si nuestra ciudad cambia, aspira a todas las grandes transformaciones que exige su progreso, el de sus vecinos, también mira al futuro sin olvidar que nuestras tradiciones forman parte de la esencia más propia de Las Palmas de Gran Canaria.

Por eso, no quiero terminar este pregón sin ofrecer nuestra gratitud a quienes, siglo tras siglo, hicieron posibles unas tradiciones tan hermosas, sólidas y propias como las de nuestra Semana Santa. Gracias a los artistas que con sus manos y su genio realizaron el importante patrimonio artístico de nuestras procesiones y monumentos, a los que compusieron las marchas solemnes que llenan de notas vibrantes y solemnes estos viejos barrios. Gracias a todos los que día a día, año a año, siglo a siglo han hecho y hacen posible la organización de esta importante, diría que la mayor, manifestación cultural, artística y religiosa de nuestra ciudad.

Gracias también, de nuevo, por permitírseme pronunciar el pregón de esta semana mayor de nuestra ciudad, de la Semana Santa en Vegueta y Triana.

Vivamos con intensidad esta Semana Santa del año 2005, y hagámoslo inmersos en ese ambiente y en ese carácter que nos legaron nuestros mayores y que hoy resolvemos también con enorme eficacia y personalidad.

Muchas gracias y que tengan todos una magnífica Semana Santa.

© Excmo. Ayuntamiento de
Las Palmas de Gran Canaria.

Depósito Legal: G. C. 202 - 2005.
Imprime: Gráficas Tegrarte, s.l.



Ayuntamiento
de Las Palmas
de Gran Canaria